

AÑO XIV, SERIE II

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONOMICAS

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Ing. F. Pedro Marotta
Por la Facultad

Enrique Julio Ferrarazzo
Por el Centro de Estudiantes

Adelino Galeotti
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Dr. Guillermo Garbarini Islas

Dr. Alfredo S. Gialdini
Por la Facultad

Jacinto González
Por el Centro de Estudiantes

Salvador Russo
Por el Centro de Estudiantes

ADMINISTRADOR

Juan C. Chamorro



DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS, 1835
BUENOS AIRES

División del país en zonas económicas, de acuerdo con sus necesidades industriales⁽¹⁾

I

El tema elegido para esta disertación no estaría de acuerdo con el poco tiempo disponible, si se le quisiese tratar con la amplitud que convendría. Y como tampoco quiero limitarme a hacer simples afirmaciones, indicando a grandes rasgos cuáles deben ser nuestras distintas zonas económicas, voy a proceder en otra forma. Aunque parezca apartarme del tema, voy a hablar solamente de algunas de las particularidades de nuestra actual vida económica, cuyas consecuencias concurren todas a demostrar la necesidad de la industrialización de los productos nacionales, en una forma regional, independiente de los límites políticos y con organizaciones distintas de una región a otra, de acuerdo con los recursos y las necesidades de las diversas zonas económicas en que, algún día, se dividirá el territorio nacional.

Debo agregar que estoy muy lejos de ser un pesimista y que creo, con profunda convicción, en la grandeza futura de la Patria. Si mis palabras señalan algunos puntos oscuros o dolorosos de nuestras modalidades, no me guía otro afán que el deseo de incitar a las personas de buena voluntad y laboriosas a borrar de nuestra vida económica los defectos más o menos graves que entorpecen hoy nuestro progreso general.

Muchas personas consideran que tratar de fomentar industrias es pura utopía y que hablar de ello es lo mismo que querer

(*) Conferencia leída en la Facultad de Ciencias Económicas a iniciativa del Colegio de Doctores en C. E. y Contadores Públicos Nacionales. —
N. de la D.

navegar en seco. Esas personas suelen creer que todos los países del mundo, sean cuales fuesen sus necesidades y sus recursos, tienen que pasar forzosamente por tres fases económicas sucesivas: la ganadera, la agrícola y la industrial, por la única y categórica razón de que así ha sucedido en otros países y que sólo tenemos que esperar resignados que los acontecimientos se produzcan por sí solos.

Para los que creen en esa generalización antojadiza, opinando que todo debemos imitarlo de lo que hacen los demás, sin permitirnos la osadía de tener inteligencia, ideas, ni criterio propios; para los que sólo quieren que adoptemos una actitud expectante, dejándonos llevar por la corriente; para ellos no hablo, ni me ocupo de argumentar ni de insistir en demostrarle lo absurdo de su letal fatalismo.

El peso muerto de esos pesimistas no impedirá que el esfuerzo aunado, aunque sea de los menos, pueda algún día encauzar los acontecimientos en forma favorable al desarrollo industrial que necesitamos en nuestra Patria, en lugar de dejarlos librados al azar de acontecimientos casuales o imprevistos.

Si el 25 de Mayo de 1810 nuestros próceres, antes de proceder según los altivos impulsos de sus conciencias, se hubiesen puesto a reflexionar solamente sobre las dificultades y la magnitud de la empresa, es probable que se hubiera atrasado considerablemente la fecha de nuestra emancipación.

Soy optimista y por eso levanto la voz: porque tengo confianza.

Los pesimistas son los que no confían y callan, pensando que nada tenemos que hacer mas que aguantar sin lucha los males que puedan aquejarnos.

II

Nuestra situación económica general parece, a primera vista, sólida y próspera, pero, a mi juicio, esa prosperidad es sólo aparente y superficial. No solamente no hemos alcanzado aún la finalidad de toda organización social, que es el bienestar individual y colectivo de cada uno y de todos los habitantes del país, sino que estamos aún muy lejos de haber llegado a un desiderátum aceptable.

Es inútil que nuestras estadísticas presenten altas cifras para demostrar nuestra prosperidad, cuando una gran parte de la población vive con estrecheces, a veces rayanas con la miseria.

No me desmentirá quien conozca la vida íntima de muchos

hogares pobres de las llamadas clases media y obrera, ni quien haya recorrido el interior de las provincias andinas y algunas centrales de otro modo que en cómodos trenes, con buenos dormitorios y bien provistos comedores.

De quienes sólo conocen este último modo de viajar rápido, bien puede decirse que no conocen absolutamente nada de la vida que hace la población rural. Los que hayan viajado de otro modo y hayan hecho lo mismo en las comarcas medianamente organizadas de Europa, no dejarán de sentirse, como me he sentido yo, invadido por un profundo sentimiento de tristeza al comprobar que, salvo escasas excepciones, esa población rural vive en pobres ranchos antihigiénicos, al lado de corrales malentretidos o nauseabundos, sin arboledas, con agua escasa y alimentación deficiente, ignorantes de la mayor parte de las comodidades y ventajas de la vida civilizada moderna, que los ha olvidado.

Raro será encontrar, como en Europa, a la vera de buenas carreteras, bordeadas por hermosas arboledas, las limpias y alegres granjas en que habitan rubicundos y satisfechos campesinos, con medios suficientes para alimentarse bien, atender a los suyos, educar sus hijos y practicar el ahorro como una virtud natural, sencilla y lógica.

Muchos son los que culpan de esa situación a lo que llaman la natural pereza o indolencia del nativo. Eso es injusto, puesto que esa misma población, un siglo atrás, hacía vida más feliz y gozaba de más recursos, libertad e iniciativa que hoy.

Otras personas esperan que esos nativos, tan marcados por las cras diversas, se extinguirán por sí solos, poco a poco, y serán reemplazados por inmigrantes extranjeros, sin darse cuenta de que son numerosos los casos de inmigrantes que han decaído en la misma forma que los nativos o que, lo mismo que muchos de éstos, han tenido que refugiarse en las ciudades, agravando el serio problema del excesivo crecimiento de la población ciudadana, en detrimento de la rural.

Fuera de algunos privilegiados con fortunas heredadas o que han sabido merecerla por haber tenido la iniciativa necesaria y oportuna, la mayoría de la población obrera y casi toda la población rural, vive en sus sórdidos tugurios mostrando en su aspecto, de un modo inconfundible, los estragos causados, desde hace varias generaciones, por el alcoholismo, por el paludismo o la coca y, sobre todo, por la escasez de alimentación y la falta de higiene en sus personas y sus viviendas.

La pobreza de esos habitantes del interior, que está formando una raza en decadencia, es la regla general en un país como el

nuestro, que se considera rico, próspero y progresista, y que se vanagloria de las formidables cifras que alcanza su activo comercio exterior.

En nuestro Estado rico, poblado en gran parte por habitantes pobres, el poderío del conjunto está formado por la pobreza de la mayoría.

Muchos años atrás, con menos población y escasos medios de comunicación, la vida era mejor en nuestros lejanos Oeste y Norte, donde prosperaban muchas pequeñas industrias, hoy extinguidas.

Reflexionado sobre estos temas y meditando respecto a los hondos y complejos problemas que encierran, he llegado a la conclusión de que nosotros mismos somos los culpables del mal, que reside únicamente en nuestra mala organización económica, puesto que toda la riqueza nacional depende de acontecimientos extranjeros, totalmente fuera de nuestro control, como ser una huelga inglesa, una crisis francesa o una buena cosecha canadiense.

Esos aparte de nuestra mala práctica habitual de vivir al día, sin preocuparnos de legislar, trabajar ni construir con miras previsoras hacia el porvenir. Somos cultores del egoísta dicho criollo: El que venga atrás, que arree.

III

Nuestra organización económica actual es excesivamente simplista, en su parte más importante, puesto que consiste en producir la mayor cantidad posible de materias primas ganaderas, agrícolas y forestales, para enviarlas al extranjero y, con su importe, comprar allí mismo la enorme cantidad de artículos manufacturados o semielaborados que necesitamos y no sabemos producir, a pesar de tener en nuestro suelo todos los elementos apropiados.

Como ese sistema, que es beneficioso para el litoral, nos trajo una prosperidad real, aunque transitoria, lo hemos considerado como el único bueno que debemos aplicar en todo el territorio nacional. Es enorme la cantidad de personas que no conciben otro modo de trabajar y de prosperar y que no ven más que el presente inmediato, no queriendo ver o ignorando el porvenir.

Lo peor del caso es que la aplicación generalizada de ese sistema centraliza la riqueza nacional en los puertos de embarque y que, junto con esa centralización, crece el predominio político, mediante el cual todos los intereses del interior concluyen por ser manejados por hombres que sólo conocen a Buenos Aires, ignoran-

do las necesidades y los recursos de las provincias lejanas. Y es tanto más difícil que sea de otro modo, cuanto la mayoría de los habitantes pudientes del interior, tampoco se dan clara cuenta de sus necesidades económicas y sólo piensan en producir mucho para enviarlo todo a Buenos Aires o al exterior.

Por eso es que sólo anhelan y sueñan con rebajas de fletes, con primas a la exportación o con tarifas aduaneras proteccionistas, cuando no prohibicionistas para los productos similares a los suyos, medidas convenientes, cuando se usan con prudencia, pero peligrosas, si se abusa de ellas o si se toman como sistema permanente.

La ignorancia y el menosprecio de lo que vale el interior del país están caracterizados por una expresión muy habitual en los extranjeros, en Buenos Aires, y aún entre nuestros hombres de negocios y de gobierno. A la agricultura y a la ganadería se las llama: *industrias madres*. Expresión exacta para las pampas y para las tierras fértiles del litoral, pero del todo inadecuada para muchas de las regiones lejanas del país.

Contadas, pero muy contadas, son las personas que piensan que no le basta al verdadero progreso nacional que limitemos nuestras actividades a producir muchas materias primas, sino que debemos elaborar y manufacturar, por lo menos, una gran parte de ellas, hasta darles la forma final que las hace aptas para ser consumidas por el público.

Es esa una necesidad imprescindible, sin la cual nunca podremos organizar bien nuestra vida económica; y esa necesidad no se puede llenar de igual modo en Buenos Aires que en Salta o en el Chubut.

Nuestra actual tendencia de comprarlo y venderlo todo al extranjero es perjudicial para el progreso del interior, si bien nos permite consignar cifras muy altas en las estadísticas de nuestro comercio exterior, con saldos favorables al balancear anualmente las importaciones y las exportaciones, saldos que citamos, muchas veces con orgullo, como si fueran el verdadero exponente de nuestra prosperidad.

Tal interpretación constituye un error bastante común. Esos saldos no tienen para la Argentina el mismo valor demostrativo que tienen para otros países.

Nuestros saldos favorables quedan anulados al tener que cubrir con su importe los cuantiosos pagos que se hacen al exterior por conceptos que nada tienen que ver con el balance comercial, como ser, entre otros, los siguientes:

- a) Los intereses y las amortizaciones de las numerosas deudas que tenemos en el exterior y cuyo servicio ha de alcan-

zar posiblemente a unos \$ 200.000.000, de los cuales 150 millones figuran en el presupuesto nacional.

- b) Los intereses y los dividendos de los capitales extranjeros ocupados en sinnúmeros de empresas y explotaciones de toda naturaleza, como ser ferrocarriles, compañías de navegación, tranvías, gas, luz, fuerza motriz, teléfonos, comercios de todo género, frigoríficos, bancos, seguros, empresas agrícolas, ganaderas y hasta periodísticas, etc., cuyo monto es muy difícil calcular y que tanto puede ser de 200 como de 400.000.000 \$ anuales.
- c) Las compras de armamentos navales y militares, que no pueden ni deben ser incluídas en el balance comercial, como puede hacerse, p. e., con el carbón.

Ni aún en este renglón de la defensa nacional somos independientes del extranjero.

- d) Los gastos de paseo y de turismo de los habitantes de la Argentina, sean nacionales o no, que hacen frecuentes viajes de placer o se radican largas temporadas en el extranjero.
- e) Los servicios de intereses y amortizaciones de muchos títulos argentinos que, como las cédulas hipotecarias o los empréstitos internos, están en poder de tenedores radicados en el exterior.
- f) Las sumas de dinero que los inmigrantes que aquí trabajan, envían periódicamente a sus familias en Europa, donde no suelen publicar su monto total, que es considerable. Sin embargo, hace pocos días, un telegrama de España, al comentar la situación financiera con un saldo desfavorable para el balance comercial, decía que ese saldo sería fácilmente cubierto por los envíos de los españoles residentes en América, que se calculaba alcanzarían a unos 550.000.000 de pesetas, de las cuales 411.000.000 habían sido enviadas desde la Argentina. Es el reverso de la medalla de lo que pasa entre nosotros.

Y así, sucesivamente, se podrían citar muchas otras obligaciones de pagos que abultan siempre, en nuestras relaciones financieras con el exterior, la columna correspondiente y que no tienen ningún renglón que las contrapesen en la columna de los cobros, fuera de la venta de nuestros productos.

No es aventurado decir que esas sumas que así se tienen que girar a Europa, sobrepasan, en total, sus 2.000.000 de pesos diarios.

Sólo en raras ocasiones especiales esos pagos con el exterior se hacen en dinero efectivo. Se cubren mediante un juego de giros

y de créditos de varias clases, principalmente bancarios, que, al balancearlos periódicamente en cada institución, obligan a arbitrar los medios de cancelar los saldos resultantes.

Reuniendo en una sola cuenta todos los pagos y los cobros que el país entero tiene que hacer anualmente con el exterior, se tiene lo que se ha dado en llamar: el saldo del balance de pagos con el exterior.

El balance comercial y su saldo, no son, como se ve, sino una de las partes más importantes del balance de pagos, cuyo saldo da una indicación real del movimiento, más o menos feliz, de la prosperidad nacional, mucho mejor que el saldo del balance comercial.

Inglaterra, por ejemplo, acusa con frecuencia saldos contrarios en sus balances comerciales, pero, por otros conceptos, recibe del exterior tantas sumas de dinero, que los saldos de sus balances de pagos le resultan favorables, de acuerdo con la verdadera prosperidad que nadie le niega.

Sin embargo, aún esa indicación dada por el monto de las relaciones financieras de un país con el extranjero, tampoco es rigurosamente exacta para conocer el verdadero estado de su prosperidad.

Un pueblo de recursos puede, durante cierto tiempo, andar muy mal en sus relaciones económicas con el exterior y, sin embargo, sus habitantes pueden vivir cómoda y holgadamente en él, siempre que ese país, contrariamente a lo que nos pasó a nosotros, esté organizado económicamente en forma de bastarse a sí mismo en sus principales necesidades.

Para aquilatar verdaderamente la prosperidad de un país, el estudio del balance de pagos con el exterior debe complementarse, no precisamente con el estudio de la carestía de la vida, sinó con la mayor o menor facilidad con la cual sus habitantes, haya o no carestía, cubren todas sus necesidades, cosa muy diferente que se suele olvidar muchas veces.

En la época en que los saldos de los balances de pagos nos fueron favorables durante una sucesión casi continua de muchos años, los banqueros europeos no tuvieron otro medio de cancelarlos que enviar oro a Buenos Aires, puesto que los gastos de fletes, envío y seguro de ese oro, les representaba mucho menos que el costo de los giros sobre nuestra plaza. En esa época la corriente de oro amonedado que nos llegaba era casi continua y el cambio era favorable a nuestra moneda, aun tratándose de oro por oro. Por un argentino, o sean 5 pesos oro, equivalente exacto de 25 francos oro, se obtenía un giro sobre Francia por 25 francos 25 céntimos, y a veces más, además de quedar pagadas las comisiones bancarias.

Eso obedecía, sencillamente, a la ley de la oferta y de la demanda de giros, como consecuencia del saldo favorable del balance de pagos.

Debemos recordar que, apenas iniciada esa época de prosperidad, Pellegrini la aprovechó genialmente para fundar nuestra Caja de Conversión, a pesar de una apasionada oposición que no concebía que pudiésemos tener éxito, para estabilizar el valor de nuestra moneda, en nada que no fuera copia servil o imitación del extranjero.

El tiempo ha demostrado de parte de quién estaba la razón y la previsión, ya que esa Caja de Conversión nos ha permitido mantener el valor de nuestro papel moneda, acumular sin sacrificio un fuerte fondo de garantía en oro amonedado y aumentar la emisión de papel circulante, de acuerdo con las necesidades del país, al mismo tiempo que le quitaba a los gobiernos, toda facultad legal de hacer emisiones abusivas.

No es el momento de historiar la creación de la Caja de Conversión, ni cómo, siendo un organismo que ya ha cumplido con la delicada misión que tenía a su cargo, se la debía suprimir y reemplazar con un organismo emisor y regulador de la circulación monetaria, en lugar del paliativo actual de mantenerla constantemente cerrada, medida tan ilegal como necesaria hoy.

Bastará con decir que en aquella época era conveniente que la Caja de Conversión estuviese abierta y canjeara permanentemente oro por papel o vice versa, puesto que eran muy frecuentes los arribos de remesas de oro que, año tras año, iban a engrosar la garantía en metálico en ella custodiada.

Desde el estallido de la gran guerra, en 1914, las circunstancias han cambiado fundamentalmente en todo el mundo y también son fundamentales para nosotros los cambios sufridos por nuestra situación económica, pues durante la guerra se trastornó todo nuestro intercambio comercial con Europa.

Allí dejaron de producir los artículos manufacturados que nos enviaban habitualmente, pero necesitaron más que nunca de nuestras materias primas y alimenticias, con el consiguiente desequilibrio económico que se sumaba a los desastres financieros de la guerra.

En cuanto se inició la paz, las naciones europeas, empobrecidas, se pusieron a economizar y dejaron de comprar nuestros productos en la forma amplia que lo habían hecho antes.

Se produjo entonces el trastorno que todos conocemos, especialmente en la ganadería y que hoy mismo amenaza a nuestra agricultura.

Al mismo tiempo teníamos urgente necesidad de adquirir, donde quiera y a cualquier precio, muchos artículos manufacturados y metálicos que no habíamos podido obtener durante la guerra.

El resultado, fatal e inevitable, tenía que presentarse tal como se presentó. Los saldos de los balances de pagos se tornaron desfavorables a nosotros, año tras año, a veces por más de 200.000.000 de pesos anuales.

Si la Caja de Conversión no hubiese sido cerrada al estallar la guerra, o si luego se hubiese cometido la imprudencia de reabrirla, todos los que tenían que hacer pagos en el extranjero no hubieran encontrado nada mejor que mandar papel moneda a la Caja para retirar su equivalente en oro y embarcarlo hacia el exterior.

Nuestra reserva de oro habría emigrado sin ninguna esperanza de verla volver y la circulación en papel habría resultado escasa para llenar las necesidades del país.

El cierre de la Caja de Conversión ha impedido, felizmente, el desastre, por más que hoy lo está produciendo lentamente la autorización dada por ley al P. E. para retirar oro en cambio de papel para efectuar ciertos pagos relativos a nuestra deuda externa.

Pero, como los saldos continuaron siéndonos desfavorables, la ley de la oferta y de la demanda de oro y de giros sobre el exterior produjo el agio con nuestro papel, y una fuerte baja en nuestro cambio.

Así se explica que una moneda papel como la nuestra haya sufrido una desvalorización de cerca del 40 o/o de su valor real en relación con otras monedas, a pesar de ser una de las más sólidas y mejor garantidas del mundo, puesto que en la Caja de Conversión tenía una garantía en metálico de más del 80 o/o del papel en circulación, que el país gozaba de una estabilidad política bien consolidada, con gobiernos que no podían emitir papel moneda a su capricho y sin que nuestra economía hubiese sufrido la sangría de la locura guerrera.

Dejo a un lado, por secundarias en nuestro caso, las otras causas de desvalorización que, como la mala administración, la desnivelación de los presupuestos, la especulación y otras, pueden influir, sin duda alguna, pero sin ser decisivas.

La prueba está en que, estos últimos años, a medida que los saldos desfavorables fueron disminuyendo, nuestro cambio fué mejorando.

Algunas de las medidas tomadas influyeron también en igual forma.

Por ejemplo, cuando se negoció un empréstito y se aplicó su monto para hacer giros al exterior, no vimos llegar aquí ni un cen-

tavo del dinero prestado, pero se alivió la plaza y mejoró el cambio.

Análogo resultado y parecida explicación tiene la autorización dada al P. E., de que ya hablé, para cumplir con ciertos pagos exportando el oro retirado de la Caja de Conversión en cambio de papel.

Esos pagos, dejando de pesar su amenaza sobre la demanda de giros y a pesar de la disminución del encaje metálico y del porcentaje de la garantía en oro, que bajó a menos de 78 o/o, mejoraron el cambio, en contra de las previsiones teóricas de muchos pesimistas o especuladores.

Pero las medidas de esa clase son siempre delicadas y no deben repetirse con frecuencia, pues resultarían contraproducentes, siendo de esperar que se anule la citada autorización de retirar aún más oro que el que ya fué retirado.

Las circunstancias que han regido durante estos últimos tiempos, tampoco podemos aceptar que continúen como permanentes.

A toda costa es necesario hacer de modo que los balances de pagos vuelvan a acusar saldos favorables, pues en caso contrario podremos continuar con fuertes cifras para nuestro comercio exterior, mientras que la situación económica irá empeorando.

Debemos hacer que disminuyan nuestros pagos al exterior, al mismo tiempo que aumenten los cobros. Las medidas gubernativas que mejoraron transitoriamente el cambio, siendo buenas por un momento, son lo peor que puede hacerse si se continuaran como sistema. Son éstas: la exportación del oro de nuestra Caja de Conversión, la contratación de nuevas deudas externas para suplir a la demanda de giros y la intensa propaganda que se hace para que aumente sin medida la producción y la exportación de materias primas o alimenticias, sin tener en cuenta la disminución de la capacidad adquisitiva de nuestros compradores en el exterior.

Este deseado aumento intenso de la producción trae siempre aparejado un aumento correlativo de compras en el exterior, y como no es seguro que al ofrecer mayor cantidad de productos encontraremos suficientes compradores sin que sufran mermas los precios — como está pasando hoy con el maíz — también sucederá que aumentando nuestra demanda de artículos manufacturados, subirán sus precios. Ambas cosas traerán un dañoso desequilibrio en nuestros saldos.

Hay muchos medios de reducir el monto de los pagos al exterior, que muchas veces se olvidan o menosprecian sin razón, como ser:

- a) Disminuir el turismo al extranjero y fomentarlo en nuestro suelo.

- b) Organizar y abaratar muchas de nuestras fuentes de aguas termales y curativas, así como los lugares de veraneo a estaciones sanitarias.
- c) Dar facilidades extraordinarias a muchos de los inmigrantes que envían periódicamente giros a Europa para que traigan sus familias, con lo que se disminuiría muy sensiblemente el importe de las sumas giradas.
- d) Establecer líneas argentinas de navegación marítima a Europa para que quede en el país el importe total de los fletes y de las ganancias.
- e) Facilitar y fomentar la importación de todas las clases de títulos buenos de empresas financieras establecidas en la Argentina, como ser ferrocarriles, tranvías, casas de comercio, bancarias, de seguros, frigoríficos y otras, a fin de que los dividendos e intereses no tengan que girarse al exterior.
- f) Hacer igual cosa con las cédulas hipotecarias y los títulos de nuestras deudas, que han sido llevados al exterior.
- g) Fomentar en toda forma, con energía y constancia, el consumo de artículos de fabricación nacional, como se hace en el Brasil, en lugar de dar una pueril y absurda preferencia a todo lo que sea extranjero, hasta tal punto que hoy la palabra *importado* se usa corrientemente para significar *buena calidad*, lo que es falso y engañoso.

Y así, sucesivamente, podría seguir citando muchas pequeñas cosas que, al sumarse, nos darían un gran total beneficioso.

Pero lo más eficaz y mejor sería industrializar el país y organizar debidamente los transportes, en forma muy distinta de lo que se hace o se intenta hacer habitualmente, sobre todo en lo que se refiere a ciertas industrias artificiales que se establecen en las cercanías de la Capital Federal, muchas de las cuales, en otra cosa, son manufacturas extranjeras radicadas aquí, puesto que todo lo traen del exterior: combustibles, materias primas semi-elaboradas, maquinarias, etiquetas engañosas y, a veces, hasta obreros y administradores.

Se asemeja a simples sucursales de fábricas extranjeras, en trance de aumentar sus ventas, puesto que, en realidad, en casi nada disminuyen el monto total de la importación del exterior.

La verdadera industria nacional es aquella que se ocupa en elaborar las materias nacionales, empleando elementos nacionales, con preferencia en la región misma de donde procede la materia prima y no adquiriendo en el exterior sino lo que es imposible adquirir por ahora, entre nosotros.

En esa forma, disminuiríamos enormemente las importaciones y exportando el sobrante sin elaborar, si es que no le pudiésemos exportar elaborado, siquiera en parte, tendríamos que el monto de la exportación sería aún considerable, sin que corriésemos el riesgo de abarrotar alguna de las plazas compradoras, como puede suceder con nuestros cereales, provocando una ruinoso baja de precios.

IV

Cuando se dice organizar debidamente los transportes, hay generalmente un falso concepto de lo que se debe organizar. Sería demasiada tarea definirlo ahora. Bastará decir que no se trata de organizar la comodidad y la rapidez de los viajes de las personas, pero sí la seguridad y la baratura de los transportes industriales y comerciales, sobre todo estableciendo buenas comunicaciones internas, aunque no sean para llegar a un puerto, como creen muchas personas que debe ser la finalidad de todo transporte en nuestro suelo.

Para pintar el estado de nuestros transportes, citaré algunos casos comunes que molestan enormemente el desarrollo industrial.

A unos 25 ó 30 kilómetros al Oeste de San Rafael, en Mendoza, he visto las lamentables ruinas de un establecimiento en el que se fundían y beneficiaban los minerales de plata y plomo.

Se atribuye el fracaso de esa fundición a los fletes ferroviarios establecidos para el mineral, que eran de 15 pesos la tonelada, mientras que para los lingotes procedentes de la fundición eran de 32 pesos por tonelada hasta Buenos Aires.

Es decir, que la empresa ferroviaria procedía exactamente como si tuviera interés en que no prosperara nuestra industria local y que continuásemos obligados a exportar la materia prima.

Que lo haga una empresa inglesa, puede comprenderse, puesto que los intereses de sus accionistas pueden estar íntimamente ligados con los de las minas inglesas y quizás no les convenga que nos podamos independizar de ellos en un renglón como éste.

Pero, hay dos cosas que no se conciben y que son una prueba de que no existe un organismo que vele tuteladamente por nuestros intereses en estos asuntos. Son, en primer lugar, que ninguna autoridad, nacional ni provincial, ni ninguna asociación o cámara de comercio ha tratado de impedir esa ruina y, en segundo lugar, tengo informes fidedignos de que en el momento actual es inminente otra ruina análoga en Jujuy, causada por la misma traba apli-

cada esta vez por los ferrocarriles del Estado, en imitación ciega de los sistemas administrativos de las empresas inglesas. Es de desear que tal información no se confirme, o que, a esta hora, ya se haya remediado el peligro.

Otra enormidad en asuntos de transportes:

La conocida cristalería Rigolleau, establecida en Berazategui, necesita consumir anualmente algunos miles de toneladas de arena especial para cierta clase de vidrio. Tiene que importar esa arena de las cercanías de Dresden, en el centro de Europa, después de un recorrido europeo de más de 700 kilómetros en ferrocarril, el trasbordo a un vapor con bodegas revestidas de madera para un recorrido marítimo de más de 10.000 kilómetros, una descarga aquí en lanchones, un nuevo trasbordo y recorrido ferroviario hasta Berazategui. Pues bien, esa misma clase de arena ha sido encontrada en Diamante, en Entre Ríos, sobre el río Paraná, y la cristalería Rigolleau no la utiliza sino excepcionalmente, a pesar de su deseo, porque le resulta mucho más cara que la que importa desde Alemania, lo que demuestra que carecemos totalmente de una organización, ni siquiera mediana, en este asunto de los transportes industriales dentro de nuestro territorio.

Otro ejemplo: Mendoza y San Juan no han solucionado aún, el problema de la fabricación de los cascos para sus vinos, a pesar de que podrían encontrar en los bosques del Norte y del Sur, maderas apropiadas para ese objeto, las que intercambiarían con sus vinos y otros productos, siempre que se estableciesen comunicaciones directas y baratas, cosas de que no se ocupa nadie actualmente.

Quien tiene que ir de Tucumán a San Rafael, por ejemplo, prefiere venir a Buenos Aires y de aquí a San Rafael, antes de someterse a la vía crucis de las líneas férreas locales muy mal servidas y peor combinadas.

Ningún industrial o comerciante se ocupa de buscar hoy esa madera apta para los cascos, pues hay la seguridad de que la madera europea o norteamericana o brasileña, resultará mucho más barata que la de Salta o de Nahuel Huapí, por culpa de la mala organización de nuestros transportes internos.

Dará una idea de la manera como las empresas inglesas arreglan sus intereses en detrimento de las comunicaciones locales, lo que pasa en Colonia Alvear, al Sud de Mendoza. Las empresas del Pacífico y del Oeste llegan a ella con sus puntas de rieles y se niegan a empalmarlos a pesar de los insistentes pedidos de los habitantes de la región, por haberse repartido la comarca en dos zonas o feudos de influencia exclusiva de cada uno de esos ferrocarriles, sin que el otro pueda hacerle competencia alguna bene-

ficiosa al público y manteniendo, así, aislados entre sí dos regiones prósperas y vecinas.

Si no dispusiese de tan pocos minutos podría seguir citando en larguísima enumeración una cantidad de casos que demuestran la absoluta necesidad de organizar la explotación y el transporte de todos los recursos, cultivados o no, de nuestro suelo y de proceder a su industrialización, no por medio de medidas uniformes de carácter general, tomadas sin consultar las necesidades de cada caso especial, y por lo mismo inaplicable en casi todas las regiones argentinas, tan distintas las unas de las otras, pero sí por medio de organizaciones regionales autónomas, combinadas y apropiadas.

V

El encarecimiento de la vida es tan ilógico entre nosotros, que es fácil darse cuenta de que depende de nuestra mala organización económica. Basta para demostrarlo citar el hecho brutal de que más de uno de nuestros productos nacionales, como ser la carne y la manteca, o el trigo allí convertido en pan, se venden al consumidor europeo más barato que lo que se venden al consumidor argentino, lo que no necesita comentario.

Nuestro modo de trabajar tiene muchas modalidades que todo lo encarecen. Tomo, entre tantos otros iguales, este ejemplo común:

Supongámonos internados en algunos de los numerosos obrajes donde se talan, bárbara y despiadadamente, las selvas chaqueñas, santiagueñas u otras. Podremos ver, un claro amanecer, una vaca atada al pie de un hermoso y centenario quebracho.

Llega un grupo de hacheros, casi andrajosos y dan comienzo a la tarea de voltear al gigante de la selva, culpable de almacenar rica reserva de tanino, mientras que un compañero mata la vaca para carnearla y cuerearla.

Terminada la tarea, ambos productos de la región, cuero y quebracho emprenderán juntos largo y costoso viaje. Se les cargará en carros de bueyes o mulas, se les amontonará en corralones y acopiadores o zorras de Decauville y tras larga peregrinación irán a parar sobre un vagón de ferrocarril.

¿Cuál es su destino común? Alguna curtiembre ¿cercana? No Solo en muy contados casos es así. Irán hasta el puerto más próximo a ser estibados en grandes playas o depósitos, hasta que otros cueros y otros trozos de quebracho, (o a veces solamente el tanino que se le ha extraído en un principio de industrialización que

debían ser ampliamente imitado), completan la suficiente cantidad de toneladas para colmar las bodegas de uno de los vapores de carga que nos mandan de Europa para llevar esas materias primas indispensables para sus fábricas.

Y así seguirán viaje cuero y quebracho o tanino, siempre juntos, hasta llegar a alguna gran curtiembre enclavada en el centro de la vieja Europa, en una aldea o pueblo cuyos habitantes, si es que no nos ignoran, nos creen salvajes o nos consideran como incapaces, indolentes, sumidos en una semibarbarie, en medio de nuestras fabulosas y mal aprovechadas riquezas naturales.

—¿Y cómo no habrían de creerlo así? Esos obreros y empleados que viven bien holgadamente, curtiendo los cueros de nuestras vacas con el tanino de nuestros quebrachos, no podrán comprender nunca que seamos un pueblo adelantado y progresista, al saber que esos cueros, una vez manufacturados, están destinados a rehacer, de vuelta, el mismo costoso viaje de ida, para ser vendidos entre nosotros, a veces como cuero, a veces como correones, cinchas, monturas, arreos, etc., quizás a aquellos mismos hacheros que voltearon el quebracho y que carnearon la vaca.

Al comprarlos tenemos que pagar un enorme aumento de precio que sirve para cubrir las múltiples ganancias de los numerosos intermediarios, de los fletes ferroviarios de aquí y de Europa, fletes y seguros marítimos, impuestos, acarreos y derechos aduaneros, a la ida y a la vuelta, para que vivan y progresen aquellas poblaciones ajenas a nuestra comunidad y que si no nos ignoran, tampoco se interesan por nosotros.

¿Acaso no sería más barato y más sencillo que las curtiembres se estableciesen dentro de las mismas selvas chaqueñas, para vendernos sus productos sin agobiadores recargos de precios?

Además, debe tenerse en cuenta que, en este caso, el mal no está solamente en el encarecimiento del producto y de la vida, sino que todo el costo de la elaboración, sumada a lo que se paga por transportes, es dinero que va al exterior, recargando el saldo en contra, en lugar de quedar en el país, fecundo y productivo, aún en el caso de que el artículo aquí elaborado por una industria incipiente, fuera caro en las primeras época. Y, lo mismo que con el cuero y el quebracho, pasa con muchos otros productos nacionales.

La forma en que está organizada nuestra explotación agrícola es también un serio factor de carestía y de empobrecimiento.

El producir grandes cantidades de cereales en extensas regiones obliga, en la época de las cosechas, a ocupar una enorme cantidad de braceros, a quienes se los tiene que pagar caro, tanto

porque hay gran demanda de ellos, como porque tienen que costearse sus gastos de viaje y tienen que ganar tanto como necesitan para suplir la falta de trabajo que sucede al levantamiento de la cosecha.

Esa carestía del trabajo de los braceros es tanta que en las provincias del Norte mucha gente abandona en esa época sus tareas para venirse al Sud, como dicen, a ganarse en pocos meses de labor, el sustento propio y el de los suyos para todo el resto del año.

Esa carestía, unida a la desocupación subsiguiente a las cosechas, es la que formó la perjudicial inmigración golondrina, es la que hoy coopera en fomentar la aglomeración de desocupados en las ciudades y es también causa activa de despoblación para ciertas regiones no agrícolas y que no explotan sus productos.

Es necesaria una organización regional tal, que al terminar las tareas de las cosechas, los braceros puedan encontrar fácilmente trabajo en los establecimientos industriales o en otras clases de labores, evitando tanto la desocupación como la emigración de una zona a otra.

No creo necesario insistir sobre los beneficios que se derivarían, en tal caso, del arraigo de la población, del abaratamiento de la vida y del menor costo de la mano de obra.

Este sistema de ocupación continua para toda la población, tampoco puede organizarse de igual manera en el Norte que en el Sud, en las montañas que en las costas del mar. Exige imperiosamente la división regional del país en zonas económicas donde se industrialicen las materias primas, antes de exportarlas, siempre que sea posible hacerlo.

VI

Esa industrialización regional que conviene sea implantada en la Argentina exige, ante todo, un prolijo trabajo de estadística previsora que indique en forma precisa y fidedigna:

- a) Cuales son las necesidades de una región, tanto en víveres como en vestidos, maquinarias, combustibles, materiales de trabajo local, etc.
- b) Cuales serían esas mismas necesidades previendo el aumento de trabajo que traería la industrialización local.
- c) Cuales son las materias primas apropiadas para llenar esas necesidades, previa elaboración, qué cantidad de ellas existen o pueden producirse en la región y en las

regiones vecinas, cuales deben importarse de regiones lejanas o del extranjero y cuales podrán escasear o producirse con exceso.

d) Qué medios de comunicación seguros, económicos y de qué capacidad deben establecerse para ligar las diversas industrias entre sí; con los centros de producción de materias primas y con los centros de consumo, distribución y exportación.

e) Cuáles son las fuentes de energía que deben utilizarse, especialmente las caídas de agua, ya que somos, por lo que hasta hoy se sabe, un país bastante pobre en carbón mineral y petróleo.

Naturalmente, tales estadísticas deberían contener muchos detalles más que no pueden indicarse así a la ligera, pero los ya enumerados bastan para dar clara idea de que no se trata de una cosa rápida, factible en pocos días, mediante unos cuantos decretos imperativos.

Se trata, al contrario, de una obra larga, lenta y muy compleja.

No es tarea ni cómoda, ni rutinaria, ni fácil. Es sumamente complicada y son muchas las cosas que deben estudiarse detenidamente por los gobiernos, por ser de amplitud demasiado grande para ser abordados privadamente por la generalidad de los capitales industriales.

No se debe cometer el error, tan común, que comete el Ministerio de Agricultura al aconsejar insistentemente la creación de granjas, sin asegurarles previamente a los granjeros la colocación segura y remuneradora de los productos de su trabajo; ni el mismo que comete cuando aconseja la elaboración y el consumo de la manteca en el campo, cuando, por razones locales, no es posible en nuestro suelo la elaboración casera de la manteca como se hace en cualquier granja europea.

Son esos errores que se cometen por no estudiar bien las condiciones muy especiales de nuestra vida y por querer imitar los procedimientos extranjeros sin cerciorarnos antes de su aplicabilidad.

No es posible, desde el primer momento, establecer un plan completo y definitivo. Pero, eso no es mayor inconveniente, puesto que muchas cosas podrán hacerse rápidamente sin gran dificultad.

Por ejemplo, una región que la estadística indique como productora de lana, en cantidad suficiente, puede fácilmente establecer los lavaderos, hilanderías, tejedurías y establecimientos

anexos, cuya producción baste para llenar todas las necesidades locales y circunvecinas, en paños y otros artículos de lana. No sería ésta una estadística muy complicada para empezar.

Procediendo así, en ese renglón no se oirían más quejas contra los fletes ni las distancias. Al contrario, ciertos exagerados fletes ferroviarios podrían servir como una excelente barrera para que los productos similares, extranjeros o nacionales, no puedan venir a competir, poniendo en peligro la nueva industria.

Luego, la estadística se ocuparía del modo de proveerla de los productos químicos, mordientes, tinturas, envases, maquinarias y demás elementos, a medida que lo que se va adelantando en la ejecución del plan lo permita, escalón por escalón, sin apresuramiento, pero con constancia y firmeza.

Lo mismo podría indicar la estadística para el algodón, los aceites, los cueros, la madera y su destilación, los hornos para fundir metales y las maquinarias para elaborarlos, los aserraderos, los envases y mil cosas más.

Cada nueva necesidad que señalara la estadística daría una indicación precisa de lo que se debería producir y elaborar para llenar una necesidad del mercado y poder llegar al ideal de bastarnos a nosotros mismos con las cuantiosas riquezas que la naturaleza pródiga ha almacenado en nuestro suelo.

VII

Ese bastarnos a nosotros mismos no puede ser ni completo ni absoluto, ni debe servir de aislador con el exterior, pero debe ser lo suficiente amplio como para que, en la interdependencia económica de todos los pueblos, podamos tratar con los otros de igual a igual y no como tenemos que hacerlo actualmente, sometidos a la capacidad adquisitiva de nuestros compradores y a la capacidad productora de nuestros proveedores, aceptando pasivamente que toda nuestra riqueza dependa de toda una serie de acontecimientos extranjeros sobre los que no podemos ejercer control ni acción moderadora alguna. (*)

(*) Leída esta conferencia el 25 de Junio, "La Prensa" del día siguiente publica este sugestivo telegrama que demuestra cómo puede ser cierto que dependemos, para muchos asuntos económicos, de lo que pasa fuera de nuestras fronteras, a pesar de todas las fórmulas diplomáticas que puedan adoptarse para no herir susceptibilidades: Gran Bretaña. — Protección de los capitales ingleses en el extranjero. — Un proyecto del gobierno. — Londres, Junio 25 (Havas). — El gobierno británico anuncia que someterá

Si las generaciones actuales no trabajan por industrializar al país en la forma debida, no habrán cumplido con su misión, ni habrán completado la obra de nuestros antecesores.

Nuestros próceres nos dieron Patria e Independencia política.

Luego nuestros mayores, recogiendo el legado, organizaron y fundamentaron la unión nacional.

A las generaciones actuales toca romper, mediante su labor y su actividad, las cadenas económicas que traban toda la vida nacional, manteniéndola suspensa de lo que pasa en las bolsas de Longres, París o Nueva York o de las resoluciones adoptadas por Directorios o Asambleas de accionistas que sesionan fuera de nuestro territorio y, a veces, de nuestras leyes.

Nuestra independencia política no está del todo consolidada, sino cuando gozemos de una sólida y efectiva independencia económica, puesto que sin ella ni siquiera podemos disponer a voluntad de todos los elementos indispensables para la defensa nacional, tal como lo exige la vida internacional de hoy.

VIII

Las distintas zonas en que debe dividirse la Argentina, desde el punto de vista económico, son en muchos sentidos muy diversas entre sí, pues están situadas con toda variedad, desde la zona tórrida hasta la zona templada fría del Sud y desde las montañas andinas hasta los bosques chaqueños y las pampas de la costa del Atlántico.

Cada una de las distintas regiones tiene sus caracteres especiales por sus productos, sus medio de vida, sus recursos, sus vías de comunicación, su clima y sus necesidades particulares, razón, por la cual nuestro país, que es demasiado extenso y variado para adoptar una sola y única manera de trabajar, debe dividirse en varias zonas económicas, con límites naturales independientes de los artificiales límites políticos.

Dentro de cada una de ellas se deberá proceder de acuerdo

al Parlamento un proyecto de ley, con el objeto de reformar las llamadas "leyes de sociedades".

Este proyecto comprende nuevas medidas tendientes a proteger y garantizar los capitales ingleses destinados al extranjero. Un control severo será establecido sobre esos capitales y su destino.

El objeto de la intervención del gobierno está basado en el informe del comité encargado de estudiar la seguridad de los capitales ingleses en el extranjero. — **N. del A.**

con legislaciones especiales a cada zona, que se tendrán que dictar con miras sobre el porvenir y estrechando las relaciones comerciales entre todas ellas, en forma que la diversidad de productos se complementan entre sí, coordinando los recursos de una región con las necesidades de la otra y vice versa.

Examinemos, pues, a grandes rasgos, cuales son las condiciones especiales de cada región.

Tenemos, en primer lugar, la región del litoral, con su vasto hinterland de tierras fértiles, que es hoy la principal y la más poblada de la Argentina. Esta región no puede cambiar sino en muy poca cosa su manera actual de trabajar, producir, comprar y vender. Es una región que está, económicamente hablando, más cerca de Europa que de Mendoza, Catamarca o el Neuquén.

Los fletes marítimos son y continuarán siendo, por muchísimo tiempo, más cómodos y más baratos que los fletes terrestres, salvo el caso de un improbable cambio radical en las modalidades ferroviarias actuales.

Y, como la región del litoral no dispone nada más que de producto agrícolas, ganaderos y algunos forestales, necesita obligatoriamente pedir a otras regiones, argentinas o no, los elementos que le son indispensables y que no puede producir, como ser los combustibles, los metales, las maquinarias, los productos químicos, las fuentes de energía, la casi totalidad de los materiales de construcción de sus ciudades y grandes obras, etc.

Aunque en el interior del país pudiésemos producir muchos de esos elementos, el litoral continuará obligado a seguir dependiendo comercialmente de Europa, poco más o menos, en la misma estricta forma actual.

Para cambiar ese estado de cosas sería necesario rebajar por lo menos a una tercera o cuarta parte, los fletes ferroviarios, cosa posible, pero utópica mientras continúan imperando las leyes actuales y nuestra rutinaria política ferroviaria que busca dividendos y no progreso para el país, cosa que si puede aceptarse en empresas privadas, resulta absurda en los ferrocarriles del Estado o Provinciales.

También sería necesario abaratar el costo de la vida en general, para que las industrias andinas pudiesen competir con las europeas y conquistar el mercado del litoral, sin llegar a imponerle tarifas aduaneras prohibitivas.

Para las industrias nervas o que producen artículos de primera necesidad, las tarifas aduaneras pueden ser un eficaz instrumento de protección contra el "dumping", contra los trusts extranjeros y contra toda competencia desleal o peligrosa, pero

no deben llegar hasta el prohibicionismo. Es conveniente dejar siempre abierta la puerta de la competencia, como un acicate y un estímulo destinado a mejorar la industria nacional y abaratar el costo de los principales artículos indispensables para la vida.

Siendo el litoral una región que tiene que continuar vendiendo y comprando al extranjero, la mejor manera de fomentar su progreso, consiste en mejorar la vialidad y abaratar los transportes. Pero, la medida más eficaz y necesaria, aunque más difícil de aplicar, dada la mentalidad de ciertas clases terratenientes, sería la supresión de los latifundios de tierras agrícolas, facilitando la adquisición de las tierras fraccionadas por sus cultivadores y fomentando el aumento de la población rural, que es la verdadera productora, haciéndola partícipe de muchas de las comodidades, servicios públicos, seguridades y beneficios de la vida civilizada, de que hoy carecen los pobladores de nuestros campos. Son los entenados de la familia nacional.

En el Oeste, los límites económicos de la región del litoral tienen que ser forzosamente variables, de acuerdo con el desarrollo industrial de las otras regiones y las necesidades del mercado extranjero, pero hoy pueden fijarse hasta donde las líneas ferroviarias, extendiéndose como brazos tentaculares, absorben toda la producción y la actividad de las regiones fértiles pampeanas llevándolas hacia los puertos de embarque para el exterior. Esos límites, por lo tanto, pueden hoy ser marcados por una línea que, corriendo dentro de la selva chaqueña, bordeee luego de cerca las grandes salinas del límite de Córdoba con Santiago y Catamarca, pase cerca de las Sierras de Córdoba y, dirigiéndose hacia el Sud, alcance al río Colorado y remate en la orilla del mar, más allá de Bahía Blanca.

Es natural que en esa vasta región ni los productos ni los recursos son idénticos de un distrito a otro, como por ejemplo, los de la zona de Bahía Blanca y los del Norte de Santa Fe.

De ahí vendría la subdivisión en distritos, con sus cámaras de comercio locales, pero el sistema económico de toda la región sería poco más o menos el mismo: Vivir principalmente de la exportación y de la importación, y eso lo debería tener en cuenta su legislación especial.

Otra zona económica sumamente importante y rica, hasta el punto de que creo que en el futuro ha de ser la más rica del país y la que lo ha de salvar de la crisis agrícola y ganadera que el actual modo de trabajar de Europa nos prepara para un futuro más o menos cercano, tratando de bastarse a sí mismo con sus

colonias, es la región andina formada por todas las provincias y territorios que, desde Jujuy al Neuquén, descansan sobre la falda de los Andes, con tierras fértiles y agua suficiente para atender a todas las necesidades de una densa población siempre que se organice su producción en forma de atender primero a las necesidades de una densa población, siempre que se organice su producción en forma de atender primero a las necesidades locales y luego exportar lo sobrante, a fin de cubrir el necesario intercambio con las regiones vecinas y con el exterior.

Esa zona andina puede producir una enorme variedad de productos y materias primas, desde las que corresponden a las regiones tropicales hasta las que son características de un clima fresco o templado, de regiones montañosas o de llanos ondulados. Dispone de grandes bosques que nunca han sido explotados en la forma debida, puesto que sólo se ha procedido a talarlos, sea para destruirlos y destinar las tierras a la agricultura o sea para utilizarlos como leña, vigas o rollizos exportables. Bien cuidados y explotados, esos bosques serían una fuente prodigiosa de riqueza y de bienestar permanente, pues no debemos olvidar que pueden darnos infinidad de productos químicos y hasta suplir, en cierta medida, a nuestra carencia de hulla para la industria del hierro.

Francia, por ejemplo, mediante la explotación nacional de sus pinares cultivados de las Landas y de Gascuña, plantados en su mayoría para detener las invasiones de los médanos, pudo durante la guerra suplir a la provisión de muchos productos químicos que dejó de recibir de Alemania y más tarde pudo independizarse de ese tributo económico.

Dispone, también, esa zona de recursos mineros que ni siquiera podemos decir que son mal conocidos, puesto que nuestra desidia nacional y provincial en ese sentido permite afirmar que ignoramos aún el valor indudable de nuestros recursos de carácter minero, en todo el país.

Se conocen yacimientos minerales de toda clase, sin excepción, sin conocer, ni aproximadamente, su potencialidad explotable, a pesar de qué, ciertos minerales metálicos como el zinc, la plata, el plomo, el cobre y de otros no metálicos, como el azufre, el cuarzo, el bórax el mármol y algunos otros, ya se puede afirmar que existen yacimientos de importancia real.

De otros, como ser los combustibles minerales — carbón, y petróleo — o de metales como el hierro y el estaño, sólo se tienen datos que dan una pobre idea de lo que se conoce, y de nuestra posible pobreza en ese sentido, pues considero errónea y de-

masiado ilusa la pretendida abundancia de ellos que muchas personas aseguran que existe. Pero, como ya lo dije, la minería ha sido tan descuidada y tan mal estudiado nuestro suelo que lo que se conoce quizás justifique las esperanzas, que esas personas abrigan, de que no pasarán muchos años sin que se encuentren yacimientos bastantes importantes, de todos esos minerales, como para permitir su explotación o industrialización.

Lo más importante en este caso será el descubrimiento de grandes yacimientos de buena hulla — apta por producir el cobre siderúrgico — pues esa sería la más sólida base para el progreso industrial de la nación entera.

Mientras tanto, hay la seguridad que en esa zona andina se puede disponer de numerosos saltos de agua utilizables para la producción de energía eléctrica en gran cantidad y a bajísimo precio, cosa que facilita grandemente la prosperidad industrial.

Como combustibles seguros dispone desde la de vastos yacimientos de esquistos bituminosos, que podrían dar, por destilación, todo el petróleo para el consumo regional, incluso el de los ferrocarriles, y es posible que también hayan yacimientos de ciertos calcáreos bituminosos, lo que podría ser aún más importante.

La seguridad del éxito industrial en esa zona está probada por el éxito obtenido por las industrias azucareras, vinícolas, a pesar de ciertas condiciones desfavorables en que se han implantado, teniendo que importar desde el extranjero las maquinarias y casi todos los productos químicos. El éxito de esas industrias, que se han desarrollado formidablemente y que fueron establecidas por tratarse de productos perecederos que no podían exportarse, como la uva y la caña de azúcar, demuestra claramente lo que puede hacerse cuando se cuenta con un mercado interno seguro, a pesar de los agobiadores fletes ferroviarios.

El desarrollo industrial de toda esa zona es de seguro éxito siempre que se piense primero en satisfacer todas las necesidades regionales, abaratando la vida y, solamente después, insisto en ello, exportar el resto a las regiones vecinas, cosa factible mediante una buena y previsora acción directriz.

Por falta de tal acción directriz se suelen malograr muchas cosas buenas. En Tucumán, por ejemplo, como los cultivadores de caña ganaban mucho, encareciendo el producido, los agricultores no pensaron en que debía abarataarse la caña de azúcar, pero sí casi todos ellos quisieron cultivarla, para lo cual abandonaron otros cultivos productivos y necesarios, llegaron hasta cometer el desatino de talar hermosos bosques de frutales o reem-

plazarlos por cultivos de caña, error económico que lo están pagando aún hoy.

Algo parecido pasó, con la uva, en Mendoza, provincia apta para una enorme cantidad de otros productos de seguro mercado.

Esa acción directriz podría muy bien ser ejercida por Cámaras de Comercio y Asociaciones industriales, amparados por los gobiernos y por legislaciones especiales, que consideren al trabajo, no como un medio de enriquecimiento rápido, sino como lo que debe ser: un racional medio de vida individual y colectiva.

Esa región andina tendría que subdividirse naturalmente en pequeños distritos diferentes, como ya lo indiqué para el litoral, dada la diferencia de productos entre el Norte y el Sud.

La zona del litoral y la zona andina no son limítrofes; están separadas por regiones diversas, áridas, secas, saladas, inhospitatorias o con agua escasa, como ser ciertas regiones del Chaco, de las salinas, de las sierras de Córdoba y sus travesías del Oeste, etc.

Esas regiones son pobres, poco pobladas y de pocos recursos. Están atravesadas por varios ferrocarriles cuyos fletes son forzosamente caros, pero en el caso de trabajarse en desarrollar una buena organización industrial, se podría aceptar como de poca importancia esa carestía de fletes y considerarla, casi paradójicamente, como una circunstancia favorable. Esos fletes caros, ya lo dije, podrían servir como una barrera prudente de protección, encareciendo ciertos productos extranjeros que pudieran llegar a la región andina y hacer peligrosa competencia a los productos similares de las industrias locales nuevas.

Esa zona árida intermedia no será siempre totalmente pobre. Se decelerarán en ella más de un producto, hoy inútil, pero utilizable una vez que las regiones vecinas, por el desarrollo de sus industrias, aumenten sus necesidades y resulten ser buen mercado para esos nuevos productos.

Las sierras de Córdoba y San Luis, por ejemplo, podrá dar muchos elementos como ser el granito, el cuarzo, el feldespato, la mica, el amianto, el kaolin, el cemento, los mármoles, las piedras de construcción, etc., hoy de difícil o limitada explotación, por las distancias y por la falta de mercados cercanos de amplio consumo.

La vida económica de esa región o faja central no será uniforme y dependerá de las regiones vecinas.

Queda, por último, el territorio patagónico, desde los ríos Limay, Negro y Colorado hasta el extremo Sud, incluso la parte argentina de la Tierra del Fuego.

Esa región es muy mal conocida por la mayoría de los argentinos, sobre todo en lo que se refiere a sus recursos y sus necesidades.

Habría mucho que decir respecto a eso y a la actividad de nuestros vecinos que, económicamente, la dominan casi toda, habiendo muchas regiones fronterizas en las cuales circula la moneda chilena y cuya población es chilena en su enorme mayoría.

Es una verdadera y peligrosa invasión pacífica que soportamos, indolentes y mansos, en lugar de competir con ellos en buena administración, trabajo, actividad e inteligencia productora.

La Patagonia, en general y a grandes rasgos, puede dividirse de Norte a Sud en dos fajas paralelas: la del Este casi toda árida y pobre y la del Oeste en gran parte montañosa, fértil, rica y boscosa, con un clima templado fresco por el estilo de Holanda, Polonia y Prusia, y con recursos en su subsuelo, parecidos a los de la región andina del Norte.

El Oeste de la Patagonia es capaz de tener vida próspera y de mantener una densa población, activa y laboriosa, pero necesita que el gobierno central ejerza allí una acción tutelar enérgica, tanto para nacionalizarla como para concluir con los latifundios que contengan tierras aptas para la agricultura, tarea muy dificultosa dados los enormes capitales de que disponen sus terratenientes.

Esa región andina tiene sobre la del Norte la ventaja de tener acceso fácil al mar, puesto que la faja árida es relativamente estrecha y presenta pocas dificultades fuera del molesto viento que la azota mucho.

Los ferrocarriles patagónicos son cortos y pocos, y no constituyen sinó una promesa para el futuro, ya que se continúa con el afán de hacer que se costeen sus gastos, en lugar de buscar el progreso de la región, que es lo que más debía interesarnos.

La explotación actual de la Patagonia es casi totalmente ganadera, especialmente lanar, pero allí hay campo para que prospere la agricultura, por lo menos para satisfacer las necesidades de sus habitantes.

Aquí conviene recordar que en Suecia y en el Canadá se cultiva con éxito el trigo, que madura en menos tiempo que en Santa Fe o Córdoba, y que las mejores cosechas suelen ser aquellas cuyos trigales recién nacidos fueron abrigados por las espesas capas de nieve que creemos tan temibles, habituados a nuestros climas cálidos.

La gran escasez de comunicaciones, de población y de servicios públicos en la Patagonia, hacen que no pueda pensarse aún en el desarrollo de las industrias por falta de mercados cercanos suficientes. Es cosa para el futuro.

La Patagonia es una región económica que necesita, por ahora, ser poblada y nacionalizada. Lo demás vendrá después, siguiendo el ejemplo del Norte.

IX

Resumiendo, creo que la organización económica e industrial de la Argentina debería basarse en tres regímenes aduaneros y tres legislaciones económicas muy distintas, aplicables a cada una de las tres zonas principales: la del litoral, la andina y la patagónica.

En cuanto a la zona central, convendría, sobre todo al principio, dejar que sus pequeños distritos económicos se anexasen por sí solos a la región que mejor les convenga, según la clase de materia o artículos que puedan producir y que necesiten los distritos vecinos.

X

Creo oportuno, para terminar, llamar la atención sobre la inminente reunión de los gobernadores de seis provincias del Noroeste argentino, para planear una acción conjunta (plenamente autorizada por el artículo 107 de nuestra Constitución Nacional), que es, precisamente, la mejor forma de proceder para poder organizar económicamente o industrialmente, una de las zonas nacionales que, en el futuro, ha de ser una de las más prósperas e independientes en su labor.

La iniciativa corresponde al Gobernador Villafañe, de Jujuy, hombre extraordinario, que ha tenido la fortaleza de romper con todos los viejos moldes rutinarios y que ha sabido abrir los ojos hacia las visiones de un magnífico porvenir.

Si esa reunión de gobernadores tiene el éxito que merece, y si los proyectos en discusión, que para empezar no pueden ser completos, llegan a tener un principio de ejecución, se habrá marcado un momento famoso en la historia de la evolución económica e industrial de toda la Nación Argentina, puesto que el adelanto y el progreso interesan a todos sus pueblos federados en conjunto y no aisladamente.

LUIS E. VICAT.

Buenos Aires, junio de 1926.